

Dossier

“Efectos regionales del modelo agroexportador en la Argentina rural”

“REGIONAL EFFECTS OF THE AGRO-EXPORT MODEL IN RURAL ARGENTINA”

*Noemí M. Girbal-Blacha **

*Celia Basconzuelo ***

En un país agropecuario como la Argentina, con casi tres millones de kilómetros cuadrados y profundos desequilibrios regionales que se consolidan desde fines del siglo XIX, el estudio de las raíces históricas de su perfil desigual en el campo económico, político y social, permiten comprender el significado de su vigencia en el largo plazo. Este es el objetivo principal de los estudios que integran el presente dossier.

Esta conjunción de estudios de los procesos micro históricos para caracterizar a la Argentina rural forma parte de esta propuesta de análisis plural, definida no sólo desde la región central de la Argentina agroexportadora (región pampeana), sino también desde fuera de ella, es decir, desde la diversidad

* Investigadora Superior Emérita del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Profesora Emérita de la Universidad Nacional de Quilmes (UNQ). Investigadora del Centro de Estudios para la Argentina Rural (CEAR). Integrante de la Rede Internacional de Estudos do Mundo Rural (RIEMUR). noemigirbal@gmail.com | <https://orcid.org/0000-0003-4193-075X>.

** Investigadora Independiente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Directora del Instituto de Investigaciones Sociales, Territoriales y Educativas (ISTE, CONICET – Universidad Nacional de Río Cuarto). Río Cuarto, Córdoba, Argentina, celiasconzuelo2003@yahoo.com.ar | <https://orcid.org/0000-0001-9005-7227>.

de los propios espacios regionales del territorio argentino respondiendo a un enfoque espacio-ambiental.

La mayoría de las visiones historiográficas han privilegiado, no por casualidad, el análisis de la llamada Argentina Moderna desde la rica región pampeana, descuidando o prestando atención relativa a las tres cuartas partes del territorio nacional. A través de políticas liberales, conservadoras, radicales, intervencionistas, populares, neoliberales a ultranza, según los períodos históricos, la dirigencia y el Estado argentinos fortalecieron el país rural y agroindustrial. Las clases dirigentes han mostrado dificultades para consolidar la hegemonía, al mismo tiempo que los sectores subalternos no han logrado plasmar alternativas diversas y convergentes para ampliar la diversidad. Revisar estas cuestiones desde perspectivas que trasciendan la columna vertebral de este modelo es un desafío interesante. Estos trabajos de investigación se ocupan de algunos efectos regionales sobresalientes derivados del modelo agroexportador, desde distintas perspectivas complementarias para realizar un análisis histórico plural de la cuestión, convergente en los espacios rurales.

La Argentina estructura su mercado, su dirigencia y su Estado nacional bajo la impronta de los hombres de la llamada Generación del Ochenta alineada con el “progreso positivista”. Opta por un modelo agroexportador sustentado en la producción de cereales y carnes, la expansión del ferrocarril, la gran propiedad concentrada en pocas manos –como símbolo de poder político y prestigio social– que habilita la modernización de la típica estancia pampeana y cuenta con el aporte del capital externo y la inmigración masiva. En medio de la urbanización creciente y la consolidación del régimen de arrendamientos rurales, la agricultura extensiva y la diversificación ganadera de alta mestización dirigida exclusivamente, desde el inicio del siglo XX, a la provisión del frigorífico, construyen desde la ciudad puerto de Buenos Aires y la rica región pampeana que analiza el estudio a cargo de Pablo Volkind, un espacio interregional desigual, producto de alianzas interoligárquicas, jerarquizando algunas regiones y marginando otras.

Como el revés de una misma moneda se dejan sentir los efectos del modelo agroexportador fuera de la región nuclear. El NOA –con epicentro en Tucumán– se dedica desde entonces a modernizar la actividad productiva azucarera que desplaza el cultivo del maíz, alentada por la llegada del ferrocarril y el crédito oficial barato, pero se expande a la subregión circundante y a otras actividades agrarias, como analizan en este dossier Cecilia Fandos y Nicolás Hernández Aparicio. En el Oeste, Cuyo –con epicentro en Mendoza– relega el cultivo del trigo y revitaliza la vitivinicultura a partir de los mismos instrumentos que el NOA, los beneficios de la irrigación y un moderno sistema de contratistas que hace posible la capitalización del inmigrante y la corporación agroindustrial derivada, instalados en ese ámbito regional. Así lo exponen –en el tercer aporte de este dossier– Florencia Rodríguez Vázquez y María

Clara Cámpora. Ambas agroindustrias son expresiones económicas de perfil monoprodutor, que sin competir con el agro pampeano procuran sumarse al modelo agroexportador implementado como producto de los nexos entre los comerciantes y ganaderos del litoral y los agroindustriales del interior. Las crisis cíclicas serán –a lo largo del siglo XX– el común denominador de estas economías regionales, finalmente ligadas, más allá de sus propósitos originales de exportación, a un acotado mercado interno.

Alrededor de un 40% del territorio nacional, es decir, el NEA y la Patagonia, permanecen tangencialmente marginados de ese “progreso indefinido” positivista. En el Gran Chaco Argentino (NEA), donde la marginalidad se da de espaldas al aislamiento porque cuenta con vías férreas y fluviales convergentes a las ciudades puerto de Buenos Aires y Rosario, la posibilidad de sumarse al proyecto de país agrario exportador se manifiesta desde los últimos años del siglo XIX. En este caso, lo consigue a través de la explotación quebrachera, la depredación de este importante recurso natural para producir tanino, leña, postes y durmientes, luego de haber fracasado allí la experiencia azucarera. Durante la década de 1920 ocuparía ese lugar la ganadería no mestizada y el algodón en tanto cultivo familiar, como ilustra el estudio histórico a cargo de Leandro Moglia y Adrián Almirón.

En la Patagonia, marginalidad y aislamiento se acompañan. La ocupación ovejera y las grandes estancias con dueños en su mayoría extranjeros, dan consistencia al paisaje y a la realidad regional, que vive mirando hacia Punta Arenas (Chile) hasta 1920. El Sur argentino, constituido exclusivamente por Territorios Nacionales, con un ejercicio limitado de la ciudadanía y sin medios de comunicación vive una realidad diferente y, en principio, ajena al modelo agroexportador, razones por las cuales no será abordada en esta Sección Especial (Dossier) de *Travesía. Revista de historia económica y social*.

Tabla 1. Crecimiento desigual en la Argentina Moderna, 1912 (%).
Fuente: Ministerios del Interior, Relaciones Exteriores y Agricultura (1912). *Anuario Oficial de la República Argentina. Primer año - 1912*, p. 50.

Región	Extensión territorial	Población	Agricultura	Ganadería	FFCC
Norte	25,7	16,5	4,6	13,1	16,0
Andina	17,6	9,5	4,1	4,9	9,5
Litoral-centro	27,7	72,7	90,5	70,1	73,0
Patagónica	28,9	1,2	0,7	12,7	1,5

Mientras la pampa húmeda es todo un símbolo del progreso agropecuario, en el interior del país la situación es diferente. La conformación del Estado y del mercado nacional de los años ochenta, con su sistema de alianzas

interoligárquicas, induce a las economías regionales a efectuar los cambios mencionados para participar de las exigencias de la Argentina agroexportadora, que desde el poder político y económico crece con la mirada puesta en Europa y desde el eje metropolitano de Buenos Aires. La modernización agroindustrial en el NOA y en Cuyo trae consigo la concentración empresarial y regional, mientras se producen sucesivas crisis de superproducción desde el filo del siglo XX. Los reclamos del empresariado ante el Estado nacional primero y provincial un poco después, no se harían esperar. Para darles efectividad a los mismos y exponer los nexos entre el poder político y el económico, los propietarios de ingenio y de bodegas y viñedos se nuclean –como lo hicieran antes los ganaderos y los chacareros en la región pampeana (Sociedad Rural Argentina y a partir de 1912 Federación Agraria Argentina)– en el Centro Azucarero Nacional a partir de 1894 y en el Centro Vitivinícola Nacional desde 1905. La integración de sociedades anónimas entre los sectores más poderosos de estas agroindustrias, consiguen minimizar el riesgo empresario y aumentar el capital invertido. Desde 1895 se consolidan en el ramo azucarero con la Compañía Azucarera Tucumana S.A. (CAT) que, con la unión de cinco ingenios, llega a producir un 65% del azúcar total del país. En Mendoza, núcleo de la vitivinicultura cuyana y que se beneficia tempranamente del sistema de contratistas, desde 1907 asiste a la conformación de sociedades anónimas como Giol, Gargantini, Tomba, Arizu, entre otras, dando muestras de la capitalización del inmigrante en la zona, así como de la concentración empresarial y regional como corolario de las crisis de superproducción y la protección subsidiaria del Estado, que el modelo agroexportador indirectamente genera.

En el área marginal fronteriza, con predominio de Territorios Nacionales que se administran con una ciudadanía dependiente de modo directo del Estado nacional, como el NEA (Chaco, Formosa, Misiones), la incorporación a la economía agroexportadora ocurre evitando la expansión de producciones competitivas con las que son típicas de la pampa húmeda y las agroindustrias regionales referidas. En el Gran Chaco Argentino, por ejemplo, a partir de 1895, cuando ha fracasado allí la expansión ganadera y azucarera, ese nexo se da a través de la explotación forestal, quebrachera, taninera; tanto en la subárea del Chaco santafesino, cercano a las vías fluviales, donde desde los albores del siglo XX, asienta su poderío The Forestal Land, Timber, Railways and Co. Ltd., dominando la extracción y comercialización de rollizos de quebracho con destino a Europa (Alemania) y los Estados Unidos; como en la subregión del Oeste, el Chaco santiagueño, extrayendo de sus bosques –penetrados por el ferrocarril y desde el obraje– leña, postes y durmientes para el mercado interno, con la participación de inversores de la pampa húmeda, quienes aprovechan la ausencia en la zona de una gran burguesía establecida para avanzar sobre esta región nordestina. El objeto de este sector dirigente es diversificar sus inversiones y minimizar el riesgo empresario aumentando la renta

marginal. La agricultura se convierte así, desde el nacimiento de la Argentina Moderna, en el común denominador de la economía nacional, trascendiendo las diferencias y especificidades regionales, como lo demuestran los estudios que integran esta sección de *Travesía. Revista de historia económica y social*.

Figura 1. Regiones agrarias argentinas. Fuente: INDEC (2001). *Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas*. Instituto Nacional de Estadísticas y Censos.



El fin de la expansión horizontal agraria ocurrido hacia 1912 fija la extensión cultivada en los 22 millones de hectáreas. La Primera Guerra Mundial deja mal posicionada a la agricultura argentina que debe competir con Estados Unidos y Canadá, supeditando los embarques a la disponibilidad naviera inglesa. Azúcares y vinos apenas pueden trascender las fronteras limítrofes para proveer a los mercados de Chile, Paraguay y Uruguay. Por su parte,

la ganadería de alta mestización, totalmente dependiente del frigorífico ante las denuncias de aftosa ocurridas en 1900, debe ajustarse a la demanda y producir carne congelada, envasada y salada en reemplazo del *chilled beef*. Los criadores sacan partido circunstancial de la situación e invierten en la compra de campos y animales, para dar satisfacción a la demanda; mientras la conflictividad rural asociada al Grito de Alcorta (Santa Fe) de 1912 se agudiza y expande a todo el ámbito de la región cerealera desde fines del decenio de 1910. La dirigencia argentina en su conjunto, sus representantes políticos, los productores, los comerciantes, deben emprender desde entonces un largo y costoso aprendizaje para sostener su crecimiento en medio de los desajustes coyunturales que presenta el modelo agroexportador implementado y que se tornaría más complejo con el fin del crecimiento hacia afuera ocurrido como consecuencia de la crisis de 1930.

El *territorio* asimilado al *espacio regional*, en tanto construcción social de apropiación de los recursos que la sociedad genera; los *sujetos sociales* (productores agrarios, empresarios agroindustriales, técnicos agrarios y trabajadores rurales) y las *políticas públicas* (nacionales, provinciales y/o regionales) vinculadas al agro, se constituyen en las coordenadas centrales para este estudio histórico, atendiendo a las *diversidades regionales* enunciadas: 1) la región pampeana (ganadera, cerealera y directamente vinculada a la Argentina agroexportadora); 2) la región agroindustrial del Noroeste (NOA) con epicentro en Tucumán, y la cuyana, con eje en Mendoza (vitivinícola la primera, azucarera la segunda y monoproductoras ambas); y, 3) la región marginal del Gran Chaco Argentino en el Nordeste (NEA) de nuestro territorio, dedicado a la explotación forestal, algodonera, yerbatera y parcialmente a la ganadería de base criolla.

El ascenso del radicalismo al gobierno nacional en 1916 preserva y refuerza el modelo agroexportador, proponiendo cambios sólo en el plano político y social, redistribuyendo el ingreso, pero sobre las mismas bases económicas, a punto tal que cinco de los ocho ministros que acompañan a Hipólito Yrigoyen en su gestión gubernativa, pertenecen a la Sociedad Rural Argentina. La posguerra pone en jaque a la ganadería vacuna y ante la crisis de 1921, producto de una demanda modificada, se genera el enfrentamiento entre criadores e invernadores, obligando a la intervención del presidente Marcelo T. De Alvear, quien por ley fija un precio mínimo para la compra de carne de exportación y uno máximo para el consumo interno. La reacción de los frigoríficos no se hace esperar en medio de la abundante oferta de ganado y el Estado debe revocar la disposición legal, pagando altos costos económicos y políticos de la decisión.

Los hombres de la Sociedad Rural vinculados al frigorífico británico enarbolan desde 1926 el lema: “comprar a quien nos compra”, para afirmar sus nexos con Gran Bretaña y marcar distancias con los Estados Unidos. El

Pacto D'Abernon, de noviembre de 1929, es una acabada expresión del hecho. En el NOA azucarero, el conflicto enfrenta a dueños de ingenio y cañeros independientes afectados por el precio a pagar por la caña. Sólo el laudo del presidente Alvear (1927-28) logra calmar los ánimos, reorientar la cuestión, cuando el Estado nacional arbitra de manera salomónica.

La crisis de 1929-1930 tiene para la Argentina sesgos económico-financieros y sociales, pero también políticos, porque se quiebra por primera vez el orden institucional y el Ejército de la mano de los neoconservadores se instalan en el gobierno nacional. Es una reacción por la falta de respuestas a las necesidades que la sociedad plantea. Se quiebra la identidad entre los sectores dirigentes y el cuerpo social, porque los primeros no encuentran respuestas dentro del sistema y los sectores subalternos no logran plasmar una propuesta alternativa superadora de la situación. La crisis es multicausal y afecta la distribución, la legitimidad, la participación y las alternativas de la dependencia, generando respuestas adaptativas como el Pacto Roca-Runciman de 1933. El intervencionismo del Estado en las finanzas y la economía, llevan al gobierno a subsidiar al agro y alentar la industrialización por sustitución de importaciones. Desde 1932 las Juntas Reguladoras de la Producción (de Granos, de Carnes, de Azúcar, de Vinos, de Algodón, de Yerba Mate) así como la creación del Control de Cambios (1931 reformado en 1933) y del Banco Central (1935) con capitales mixtos, son algunas expresiones de esa intervención estatal.

La bilateralidad recién intenta discutirse hacia 1940, cuando el Ministro de Hacienda Federico Pinedo presenta ante el Senado de la Nación el Plan de Reactivación Económica para anticiparse a los temidos efectos de la segunda posguerra, esperando la "vuelta a la normalidad". El Estado nacional propone conciliar industrialización y economía abierta, postulando un giro favorable en las relaciones con los Estados Unidos, pero sin dejar de apelar al gobierno para la compra de los saldos exportables agrícolas invendibles. El Estado vuelve a subsidiar al agro, destacando, como lo expresa F. Pinedo, que es éste "la gran rueda de la economía".

El Estado popular, benefactor, nacionalista, planificador y dirigista que lidera Juan Perón, con la banca y los depósitos nacionalizados, plantea la redistribución del ingreso en una Argentina rica de posguerra, en favor de los sectores obreros acrecentados por las migraciones del campo a las ciudades, y de la pequeña y mediana burguesía nacional que produce para el mercado interno, usando de preferencia materias primas nacionales. Azúcares, vinos, algodón, lino, girasol se consumen en el mercado interno y alimentan una industria nacional liviana de modo sostenido. En la planificación quinquenal propuesta a partir de 1947 el agro juega un papel estratégico, tanto en la etapa ascendente del peronismo, hasta 1949, como desde 1950 cuando la coyuntura internacional obliga al gobierno a reorientar la economía y las finanzas, así como el discurso, postulando "la vuelta al campo". Confrontaciones públicas

y acuerdos privados vuelven a poner el acento en el campo argentino, con el auxilio de un crédito oficial conveniente; aunque el oficialismo se quede con parte de la renta agraria a través del Instituto Argentino para la Promoción del Intercambio (IAPI), postergue los desalojos de los campos arrendados, reduzca el canon de los arriendos y amenace con llevar adelante la reforma agraria.

La segunda revolución agraria cobra cuerpo apenas iniciado los años cincuenta. La impulsa el peronismo subsidiando al agro a través del IAPI (que se endeuda fuertemente con el sistema bancario oficial), propone la tecnificación del campo, generaliza el crédito de habilitación rural para el amplio espectro socio rural pampeano y liberaliza en grado creciente la economía nacional, mientras modifica el discurso que ahora llama a producir y ahorrar más, consumiendo menos. Desaparece del mensaje peronista el concepto de latifundio si la tierra produce, mientras sostiene que la “Nueva Argentina” se propone mejorar al campo, cuya producción aparece como la solución necesaria para superar los desfases de la planificación económica, que obligara al presidente Juan Perón a poner en vigencia el Plan de Emergencia Económica en el crítico año de 1952, para habilitar recién al año siguiente el Segundo Plan Quinquenal.

El Plan Prebisch refuerza las medidas favorables al agro en tiempos del pos peronismo que encarna la “Revolución Libertadora” desde setiembre de 1955. El campo resulta fuertemente capitalizado y subvencionado. Poco a poco la eficiencia agraria se asocia al cultivo intensivo, a la mejora en los suelos, a la tecnificación del campo y a una unidad productiva poco vinculada a la gran extensión de tierras. Son los rendimientos los que priman en la ecuación que sostiene la lógica del productor entre: precios, costos y rindes. Una actitud que regula las acciones económicas tanto en la región pampeana como en las economías regionales agrarias del interior. cuyas raíces históricas se abordan en los estudios de caso que componen este Dossier.

En los años de 1970, tierra y capital no se encuentran en las mismas manos. La propiedad se subdivide y el dueño de la tierra no es por lo general el dueño de la tecnología rural. La agricultura a porcentaje –ahora más diversificada– introduce en el escenario del campo argentino la figura del contratista “tantero” (por cosecha o por año), entre fines del decenio de los sesenta y los años setenta. Se desdobra al sujeto agrario, al separar el propietario de la tierra de aquél que ahora posee el capital; componentes que ya no se presentan necesariamente unidos. El aumento de la renta agropecuaria y del precio de la tierra fomentan las explotaciones “intensivas”, en tanto se retrae la significación del tamaño de las unidades productivas para ganar en eficiencia y rendimiento. Entre 1960 y 1973 el volumen de cereales y oleaginosas, base de nuestras exportaciones, crece a una tasa media de 2,7%. En algunas economías agrícolas del interior

—como ocurre en Tucumán— comienzan a tomar notoriedad los “males del minifundio”.

En el decenio 1973-1983 se frena el crecimiento económico mundial, cuando se derrumba el orden monetario de Bretton Woods, se incrementan los precios de los energéticos y crece la inflación. Las consecuencias no se hacen esperar y se generan cambios en los precios, en los términos del intercambio, en los mercados financieros internacionales y en la balanza de pagos. Entonces el PBI de la Argentina (cuando el cierre de las fábricas da paso a una apertura creciente de instituciones bancarias) baja y se sitúa en un $-11,2$; el volumen exportable lo hace en $-21,3$ y el poder de compra de esas exportaciones en $-45,8$, afirma Jorge Schvarzer. El poder económico y el Estado refuerzan su unión y se adecuan a los tiempos, impulsando con un éxito muy relativo, las exportaciones de productos diversos a mercados no tradicionales.

Durante la década del ochenta la economía argentina, en su faz agraria, recibe el impacto negativo de la deuda externa, el desborde inflacionario y la crisis del Estado fiscal que articula una política monetaria e impositiva de perfiles restrictivos. En 1981 bajan los precios de los productos primarios, afectando el comercio mundial en dólares, mientras las tasas de interés reales aumentan bruscamente de $-11,8\%$ en 1977 a $16,7\%$ en 1982, según el estudio del economista británico Angus Maddison. A partir de este último año, la transferencia de los recursos al exterior se logra revirtiendo el déficit comercial, que se alcanza parcialmente, contrarrestando la caída de los precios agrícolas con el aumento en un tercio del volumen de lo exportado. En 1988, el incremento del $35,3\%$ en los valores de las exportaciones argentinas calman parcialmente los reclamos de los productores rurales cuando la ecuación precios, costos y rindes restablece sus relaciones equitativas.

El cambio político frena con un gran costo social, la hiperinflación de 1989. Pero el control de la inflación en los inicios de los años noventa, no implica el fin de los problemas para el campo argentino. Las condiciones internacionales traban la comercialización conveniente de nuestros productos agropecuarios. En 1993 la situación agraria nacional se torna más compleja, con la adopción en las economías del interior del país del estilo tecnológico pampeano, que alude a la transnacionalización de la agricultura. En esta coyuntura los países desarrollados no sólo se autoabastecen en alimentos, sino que los exportan, con influencia directa en nuestro desarrollo económico. La tendencia a una Europa sin fronteras cuya producción agraria subsidiada, al igual que la de los Estados Unidos, complican aún más la situación del agro argentino que, no obstante, sigue siendo el sostén de la economía del país.

En diciembre de 1993 la Comunidad Económica Europea y los Estados Unidos cierran el acuerdo agrícola del GATT. La Argentina rural se beneficia con sus pautas económicas y fiscales. Dos años después las publicaciones que

abordan las cuestiones rurales sostienen que “el campo vuelve a ser negocio”, a pesar de algunos efectos negativos de la sequía y la recesión. La producción, las exportaciones de granos y los precios internacionales en alza, junto a un notable aumento de los rendimientos, atraen al capital externo hacia el sector agropecuario, cuando la soja transgénica, la siembra directa y el agro negocio inician un crecimiento sin límites, que avanza más allá de la región pampeana e incorpora a nuevos mercados, como el asiático, para consolidar las exportaciones del rubro, hasta reemplazar al “granero del mundo”, como se calificara hasta entonces a la Argentina. Las reglas de juego impuestas desde el Mercosur y las tendencias sugeridas por la Comunidad Económica Europea, visibilizan los cambios operados. El agro convive con el peso de la deuda externa, los desajustes macroeconómicos y una férrea competencia internacional por la provisión de los mercados que –en ocasiones– dificultan la situación de los productores.

En enero de 1996 el Premio Nobel Norman Borlaug habla de “los desafíos de la agricultura” y de la necesidad –para países como la Argentina– de encontrar “el sendero tecnológico adecuado” en relación con las exigencias de la alimentación mundial. Para nuestro país la buena situación del agro se consolida y coincide con esa armónica relación entre la dirigencia agraria y la conducción oficial, expresada categóricamente en la Quinta Exposición Agroindustrial y Comercial de Verano llevada a cabo en Mar del Plata a comienzos de 1996, así como en las reuniones entre chacareros y técnicos, para implementar nuevos paquetes agronómicos. La Secretaría de Agricultura –liderada en esos momentos por Felipe Solá– sostiene que “el campo será la piedra angular del crecimiento”. Nada nuevo bajo el sol.

No obstante, en agosto de ese año la Federación Agraria Argentina denuncia la falta de “políticas integrales”, mientras CONINAGRO (Confederación Intercooperativa Agropecuaria Ltda. que representa a los productores agropecuarios, federaciones y agroindustria argentinos) plantea el desafío de “acordar una política agropecuaria” que fortalezca la empresa familiar y la expansión de las estructuras de integración de los productores, sin necesidad de colisionar con la estabilidad económica y el funcionamiento de la economía de mercado que auspicia el gobierno nacional menemista, para beneplácito de amplios sectores de la producción. Confederaciones Rurales Argentinas (CRA), por su parte, cree que la disminución de los *stocks*, el incremento de la demanda con la incorporación de los países asiáticos, los factores climáticos y el cumplimiento de las pautas establecidas por la Organización Mundial de Comercio (OMC), respecto de la disminución de los subsidios agrícolas, son factores alentadores para la Argentina agrícola, aunque la situación no se reitere para la ganadería de cría y la lana, que pasan por una crisis de rentabilidad. CRA propone al gobierno reducir el gasto público y la presión tributaria sobre el sector, para alentar una adecuada prestación de servicios que dinamice la

integración de la producción primaria con la agroindustria y la industria de la alimentación. Más allá de los matices de opinión, del aumento progresivo del rojo comercial, los grandes productores rurales muestran consenso con la política oficial que los beneficia y entonces respaldan a sus promotores, en el marco de la cosecha récord de la campaña 1996-1997. Una vez más las esperanzas se cifran en el agro, que parece no distinguir singularidades regionales.

El campo argentino y sus actores sociales dan muestras persistentes de su importancia estratégica en la economía nacional y replantean su estilo operativo para adecuarse, por ejemplo, a las exigencias del Plan de Convertibilidad, la apertura económica, los procesos de desregulación y la pérdida de ingerencia del Estado en la economía. La supresión de las retenciones a las exportaciones agropecuarias, el descenso en los costos de las maquinarias e insumos importados, liga más estrechamente la rentabilidad de las unidades rurales a las variaciones de los precios del mercado mundial de cereales y oleaginosas. Con estabilidad y buenas cotizaciones de los productos en el mercado externo se generan nuevas formas de inversión agraria como los *pools* de siembra, que concentran capitales para el arriendo de campos y la producción a mayor escala. El eje del modelo agroexportador se presenta intacto más allá de los cambios coyunturales y cuando las economías regionales resultan críticamente afectadas.

La tradicional tendencia a la concentración de la producción en la región pampeana, se hace más notoria en medio de la expansión de la agricultura, de la lechería y –en menor medida– de la ganadería destinada a producir carne. Mantener el buen nivel de rentabilidad en pro de la capacidad productiva y de los buenos saldos exportables, vuelven a ser consignas ineludibles para capitalizar favorablemente el cambio rural y sostener la “inalterable alianza entre el Estado y el campo argentino” (Carlos Menem, 14/8/1993) de modo de poder superar con éxito la recesión que afecta a la economía nacional. En este escenario, el Banco Mundial denuncia una fuerte concentración de la riqueza en la Argentina, cuando el 20% más rico de los argentinos obtiene el 51% de la riqueza anual del país y el 10% más pobre que en 1975 tenía el 3,1% de los ingresos, dos decenios y medio más tarde, registra tan solo el 1,6%. El sector agrario que vertebra el modelo agroexportador se apresta a mejorar los rindes y la rentabilidad, cuando el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) estima en más de 600 millones de dólares las pérdidas agrarias en la región del litoral, con un grave impacto sobre pequeños productores y trabajadores rurales.

La Argentina rural, ajustando su accionar a las diversas coyunturas, en términos globales, muestra no romper los lazos con sus orígenes. De ellos conserva vigente la tradicional importancia de la producción típica de la pampa húmeda, aunque ahora con un neto predominio de la soja que se

extiende fuera del ámbito regional, mientras resulta beneficiada por el avance tecnológico y sujeta a mayores niveles de eficiencia. También expresa su continuidad mediante la permanencia de corporaciones agrarias constituidas en el siglo anterior o en los albores del actual tanto en la pampa húmeda como en las economías regionales de base agroindustrial, que suman su acción al de otras más nuevas, formadas como expresión de la adecuación del sector rural de la economía a la modernización y globalización mundial. Como manifestación del cambio, las unidades productivas mejoran su nivel de eficiencia, acotando superficies y elevando rindes, mientras la tecnología rural se extiende. El mundo agrario ya no puede ser visto como un conglomerado homogéneo, ni en su cúpula ni en sus bases, especialmente cuando la Argentina ya no es “el granero del mundo”, sino “un país sojero”, pasando de la *agri-cultura* al *agro-negocio*.

La competencia por la provisión de los mercados se acentúa. La Argentina rural sabe que es difícil salir airoso de la confrontación si se queda al margen de las condiciones capaces de contrarrestar los efectos de un mercado mundial agrario competitivo y tecnificado. Busca, una vez más, el apoyo oficial, pero los tiempos han cambiado para todos los sectores rurales. Es la soja quien pone en el tapete de las discusiones los beneficios y perjuicios de un cultivo que, concentrado en pocas manos, separa firmemente a dueños del suelo, de productores y exportadores, de espaldas a las repercusiones ambientales y ecológicas. Es entonces cuando la ganadería argentina sufre el impacto de los cambios en la demanda externa y en la dieta de argentinos y extranjeros, mientras el cambio climático obliga a reorientar la producción agraria. De todos modos, el campo sigue resultando una opción imprescindible para la economía nacional, en medio de la devastación derivada de un proceso de desindustrialización sin precedentes.

La continuidad entre el pretérito y el presente de esta Argentina históricamente rural se advierte haciendo un simple repaso de los hitos fundamentales que jalonan el pasado nacional y presentando estudios específicos a nivel regional. La memoria debe nutrirse de ellos para dar consistencia a este “modelo para armar” que ofrece el campo argentino, en el cual las fortunas personales o sectoriales se salvaguardan, se acrecientan, y no pocas economías regionales se empobrecen. Los protagonistas se vinculan a las etapas de producción y comercialización agraria. La dirigencia argentina se enlaza con el quehacer rural en sus distintos rangos y grados de evolución, se alimenta de sus ganancias, pero no siempre reinvierte en las regiones de las que extrae los beneficios. El rastreo de este pasado tal vez permita comprender por qué un país que figura en los primeros rangos como productor internacional de alimentos tiene a más de un 45% de su población en el límite de la línea de pobreza y a un alto porcentaje de sus niños afectados por la desnutrición.

Un sector agrario y agroindustrial dinámico, que ha sabido readecuarse a los tiempos para preservar continuidades y alentar cambios, tendría que poder incentivar y lograr la ejecución de auténticas políticas estatales de largo plazo y más comprometida con el federalismo. En este dossier se registran e interpretan estudios de caso que dan muestras de algunas de estas características enunciadas y lo hacen desde diversas perspectivas regionales de la Argentina rural, aplicadas a la región pampeana, el Noroeste Argentino (NOA), Cuyo y el Nordeste Argentino (NEA), con sus producciones agrarias, agroindustriales y forestales sobresalientes.

Claroscuros del crecimiento agropecuario en la región pampeana durante la etapa agroexportadora (1880-1914), es el enfoque histórico cuali-cuantitativo del boom agroexportador desde el eje central en que el mismo se basa, que aborda Pablo Volkind, para caracterizar los pilares del modelo agrario aún vigente, como parte de las raíces que desde finales del siglo XX otorgan bases estructurales al agronegocio que hoy define a la Argentina rural exportadora. El debate político y las bases estadísticas hábilmente combinadas y en contrapunto, junto a un plural y completo estado de la cuestión, fundamentan las interpretaciones del autor acerca de la consolidación de la expansión agropecuaria pampeana, el abordaje de las transformaciones ganaderas, la consolidación de la estructura primario exportadora, así como los perfiles de la Argentina “granero del mundo”, la importancia de las inversiones extranjeras, la tenencia y el acceso a la tierra, sin soslayar las condiciones de vida y laborales en el ámbito rural, hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial (1914). Se trata de un aporte a la historiografía agraria, que pone el acento en las condiciones propias de la columna vertebral del modelo agroexportador y sus efectos dentro y fuera de la región pampeana.

“Destinos manifiestos” del Norte argentino. El contexto agro-azucarero y la alternativa forestal-viñatera en Jujuy a comienzos del siglo XX, es el tema que inicia el análisis histórico de la economía jujeña como parte de la región agroindustrial del NOA. El abordaje, sostenido en fuentes primarias originales y entramado estadístico, está a cargo de dos especialistas en los estudios regionales, Cecilia Fandos y Nicolás Hernández Aparicio. El planteo es multidimensional y retrata incluso un caso microhistórico (departamento El Carmen), mientras avanza más allá de la monoproducción del azúcar. Si bien analizan el complejo agroazucarero tucumano y salto-jujeño así como sus crisis, no relegan el desarrollo de otras actividades económicas, como la forestal taninera enlazada a la inversión extranjera en la subregión boscosa jujeña o, especialmente desde la década de 1920, la vitivinicultura en los valles centrales de la provincia. Estos son los asuntos centrales y novedosos de este análisis histórico que destaca los cambios y continuidades que vive la región conforme al avance de la economía regulada a cargo del Estado interventor y a la adecuación en las estrategias empresariales locales.

La otra región de base agroindustrial que ocupa el interés de esta sección, se radica en el oeste central argentino que se recuesta sobre la cordillera de los Andes. Se trata de Cuyo. Una pregunta y sus protagonistas son los factores que orientan el tercer aporte de este dossier a cargo de Florencia Rodríguez Vázquez y María Clara Cámpora. *Respuestas ¿originales? a desafíos regionales: debates, propuestas y corporaciones en la región del vino (Mendoza y San Juan, 1918-1934)*, es el título elegido para caracterizar e interpretar históricamente sobre la base de fuentes documentales, hemerográficas y un variado estado de la cuestión, el estudio de esta economía regional de base agroindustrial, que como en el caso del NOA representa un aporte a los estudios de historia regional comparada. El trabajo aborda las iniciativas y debates desplegados en ambas provincias cuyanas en un contexto de complejidad institucional y política que las trasciende, en relación con el impulso de las agroindustrias y los mercados regionales, a partir del protagonismo de las entidades y corporaciones empresarias que actúan entre la primera posguerra y los efectos de la crisis de 1930. La investigación se incluye en un contexto de distinción con otras regiones de la Argentina rural. Gráficos y mapas acompañan esta interpretación histórica.

Sin dudas cuando se hace referencia a los desequilibrios regionales en la Argentina rural, puede pensarse, como lo proponen Leandro Moglia y Adrián Almirón, *En el rompecabezas del progreso. La Región Nordeste durante el período 1880-1930*. En este caso el concepto es aplicado a la región del NEA (Corrientes, Chaco, Formosa, Misiones). El análisis histórico también apela a las raíces históricas derivadas del modelo agroexportador en su etapa de expansión (1880-1914) y durante los reajustes motivados por el fin de la agricultura extensiva hasta la crisis de los años de 1930, para plantear una lectura diversa del “progreso positivista” y de los prolegómenos de las políticas estatales de regulación en el país. El marco conceptual parte de la definición acerca de la construcción del territorio regional como parte de la ocupación y organización nordestina, para plantear el encastre del rompecabezas enunciado y poniendo el acento, aunque no exclusivamente, en las jurisdicciones del Chaco y Misiones. La explotación forestal, la apropiación de la tierra destinada a la producción agrícola, la importancia y diferencias de los procesos industriales en los cultivos del tabaco y la yerba mate, la transversalidad de la ganadería en la actividad económica de la región, forman parte del recorrido planteado. Fuentes primarias cartográficas, oficiales, privadas y muchas de ellas cuantitativas sostienen el análisis e interpretación cualitativa que formulan los autores, a través de experiencias primarias y secundarias, sus actores y sujetos diversos, relacionadas con el modelo agrario exportador nacional y sus consecuencias.

En síntesis, los estudios que integran este dossier resultan un aporte historiográfico plural, diverso, complejo y con un enfoque regional que muestra

la importancia y la necesidad de vincular los procesos micro y macrohistóricos, la consolidación de redes, los alcances de la gobernanza y la gobernabilidad vinculadas al poder y su proyección política, económica y social. Es parte sustantiva de la renovación en la historiografía agraria argentina, así como de la importancia del abordaje de mediano y largo plazo, que aspira a sumarse al estado de la cuestión del cual dan cuenta los distintos trabajos de investigación que aquí se presentan.

